

Redención, prestando así a todos los cristianos una valiosa ayuda para encontrar una respuesta cada vez más profunda a esa pregunta central de nuestra existencia cristiana: Señor, ¿quién eres tú?

KLAUS LIMBURG

AA.VV., *Ecclesiologia e Liturgia. Atti della X Settimana di Studio dell'Associazione di Professori di Liturgia (Bologna, 28 agosto - 1 settembre 1981)*, Torino, Marietti («Studi di Liturgia», nuova serie, 10), 1982, 182 pp., 17 x 24.

En este volumen se recogen las conferencias de la X Semana de estudios de la Asociación de Profesores de Liturgia en Italia, celebrada en Bolonia en 1981. Se trata de una obra valiosa, pero, como sucede normalmente en esta clase de libros, no todos los trabajos insertados son de igual valor.

Se abre la serie con un trabajo de D. Sartores sobre la Eclesiología y la Liturgia: principios metodológicos y fundamentos teológicos de esta relación. Todo lo que se diga en este sentido es poco. Sartores divide su estudio en tres partes: A) La liturgia como principal lugar teológico; B) La Liturgia, epifanía de la Iglesia; C) Correlación histórica entre Eclesiología y Liturgia. Nos parece el trabajo principal de cuantos se insertan en este volumen. (Es lástima que no cite a cuatro autores que han tratado el tema de la liturgia como lugar teológico con gran precisión: Frederer, Oppenheim, Vagaggini y Pinto).

Melchor Cano —dice el Autor— omitió la liturgia en su obra sobre los lugares teológicos, pero desde el siglo XVII se ha venido proponiendo a la liturgia como un lugar teológico especialísimo, mas con notas peculiares que han de ser tenidas en cuenta. Por ejemplo, que el fin didáctico de la liturgia está sometido a su fin cultural inmediato. Esto se desprende de la misma naturaleza de la liturgia que es el conjunto de signos sensibles y eficaces de la santificación y del culto de la Iglesia. En ella, a través del instrumento y del velo de los signos sensibles, Dios santifica a la Iglesia por medio de Cristo, en el Espíritu Santo, y la Iglesia, unida a Cristo, su Cabeza, y por medio de El, en el Espíritu Santo, rinde su culto a Dios, asociándose al culto mismo que Cristo rinde al Padre. Esta realidad es mucho mejor que el simple ejercicio didascálico del magisterio de la Iglesia. Por eso el Concilio Vaticano II afirma que la celebración litúrgica «es una especial manifestación de la Iglesia en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, sobre todo a la misma Eucaristía, en la misma plegaria, junto al mismo altar que preside el obispo, rodeado de sus presbíteros y ministros» (S. C., 41). Aunque el estilo de la liturgia no sea preferentemente el didáctico, por sí misma enseña más que el mejor tratado sobre la naturaleza de la Iglesia. Se trata de un conocimiento experimental. De ahí la importancia que hay que dar a todo lo que se refiere a la celebración de la liturgia, pues, como asegura el Autor más adelante, la celebración de la liturgia muestra el con-

cepto que la comunidad allí reunida tiene de la Iglesia y de su participación en la misma.

En la segunda parte del artículo estudia el concepto de Iglesia según las oraciones de los Sacramentarios antiguos Veronense y Gelasiano. Allí aparece la Iglesia en el plano de Dios, como admirable sacramento, como una comunidad necesitada de purificación, con circunstancias especiales de la Iglesia local determinada. De todo esto deduce que se hace mucho mal con las llamadas «liturgias salvajes» que todo lo hacen a su arbitrio, dejándose llevar de los riesgos de una improvisación litúrgica. Así se destruye la universalidad de la Iglesia, se aleja de su nota escatológica específica e incluso del verdadero espíritu evangélico que ha de inspirar toda la liturgia de la Iglesia. Luego trata el Autor de la Iglesia en las celebraciones litúrgicas. Lo primero que se observa es que la Iglesia es convocada para una reunión. Esto es fundamental y revela la prioridad de la acción de Dios en la Iglesia y en la celebración litúrgica. Cristo es, en verdad, el que realiza por medio de su sacerdocio el paso de la llamada a la realización, esto es, de la Iglesia convocada a la Iglesia reunida. De ahí también el carácter sacerdotal de la asamblea litúrgica. La celebración de la liturgia es, por lo mismo, la mejor actuación específica del sacerdocio de todos los fieles, más aún del sacerdocio de toda la Iglesia, incluida su Cabeza: sacerdocio de Cristo, sacerdocio ministerial y sacerdocio común de los fieles. Considera luego el Autor a la Iglesia en oración, pero en esto no hace otra cosa que seguir un bello artículo del autor protestante Von Allmen. Luego trata de la Iglesia que celebra la Eucaristía y los otros Sacramentos. Llega a decir que «La Iglesia, manifestación histórica de la salvación realizada por Jesucristo, es Iglesia en su sentido más eficaz cuando obra y se autorrealiza como sacramento de Cristo en el mundo, sobre todo a través de las siete modalidades de la gracia en las cuales los hombres se ponen en contacto con el Misterio Pascual del Señor en el espacio y en el tiempo». En este contexto ve de modo especial la actuación del Espíritu Santo.

La tercera parte de este primer ensayo nos parece deficiente y, desde luego, necesita una mejor aclaración. Se deja llevar el Autor por las consecuencias falsas y estereotipadas que tanto se han divulgado después del Vaticano II: el supuesto cambio de la Iglesia a partir del siglo IV con la paz otorgada a la Iglesia por Constantino y el consecuente desarrollo de las ceremonias litúrgicas por llamada *imitatio imperii*. La relación de las diversas épocas de esta evolución ha de ser revisada más a conciencia, pues el Autor se deja llevar por datos poco comprobados, que necesitan una mayor y mejor valoración.

F. Arduso estudia la dimensión litúrgica en la reflexión eclesiológica contemporánea protestante y católica. En la católica ya se ha dicho bastante en el trabajo anterior. En cuanto a los protestantes hay que distinguir mucho y el Autor no lo hace. En primer lugar, porque entre ellos sólo una minoría muy selecta reconoce el valor de la liturgia; entre éstos habría que señalar a Taizé, Piquier, Von Allmen y Jean Weatville. En general, la liturgia entre los protestantes, no obstante un movimiento en favor de la misma, está reducida a la mínima expresión y así difícilmente pueden llegar al alma de la Iglesia mediante la celebración litúr-

gica. El concepto de Iglesia está muy disminuido entre ellos precisamente por esa falta de una vivencia litúrgica profunda, ya que en ellos sólo tiene un valor esencial una parte de la celebración litúrgica: la proclamación de la Palabra de Dios. El Autor no enfoca bien su trabajo. Tampoco entendemos su silencio sobre el movimiento litúrgico moderno en la Iglesia católica desde Dom Guéranger hasta nuestros días, y el movimiento eclesiológico inspirado y alentado por ese movimiento litúrgico.

Lo mismo tenemos que decir del trabajo de Paolo Barrera sobre la liturgia y la Iglesia en el área de la Iglesia Oriental Bizantina, aunque por otros motivos. Hay elementos muy valiosos en la liturgia oriental, especialmente en relación con el concepto de Iglesia, tanto que resulta como un contrasentido su separación de la Iglesia Romana, pues su misma liturgia les induce a un concepto de unidad con el Vicario de Cristo, Sucesor de San Pedro. Es la anomalía bien conocida de la historia de los cismas de Oriente. El Autor ha podido ser más concluyente en buena lógica con esa celebración de la liturgia oriental y las vivencias eclesiológicas por parte de los fieles. Todo contribuye, en la liturgia oriental, a tener un concepto más profundo de Iglesia. Otra cosa es que esto sea aprovechado por los tratadistas de Eclesiología. Pero de ahí no se puede concluir, como afirma el Autor, que «ni el Oriente ni el Occidente por sí solos son la Iglesia». Más aún, creemos que es una afirmación errónea. Otra cosa muy distinta es decir que «ni el Oriente ni el Occidente por sí solos han agotado la profundidad y la riqueza del misterio, esto es, de la acción de la Santísima Trinidad en la historia». Ni lo han agotado ni podrán agotarlo jamás, de lo contrario la misma noción de misterio sería reducida a la nada. Pero el concepto de Iglesia se da, por lo menos, en la Iglesia Católica. Estamos de acuerdo con el Autor en que la revalorización de la liturgia es un medio adecuadísimo al movimiento ecumenista. Por ahí es por donde se ha de llegar a la unidad eclesial de los hermanos separados. Es imposible celebrar auténticamente la liturgia y vivir separados eclesialmente. Urge profundizar todo esto en la exposición de la eclesiología.

Un trabajo muy útil es el de Gianni Colombo sobre las imágenes de la Iglesia y de la liturgia en la perspectiva del Concilio Vaticano II y en la actuación de la reforma litúrgica inspirada por el Concilio Vaticano II.

A. Pistoia considera a la asamblea como sujeto de la celebración en los nuevos libros litúrgicos. No dice nada nuevo. Esto se conocía ya desde hace muchos siglos y se revalorizó en el llamado «movimiento litúrgico». Así lo ha tenido siempre presente la competente Jerarquía de la Iglesia en las sucesivas reformas litúrgicas anteriores al Concilio Vaticano II. Recuérdese la reforma de la Semana Santa y sobre todo de la Vigilia Pascual, etc. Hay liturgistas, o llamados tales, que sufren constantes amnesias y están en constantes descubrimientos del Mediterráneo. El Autor se fija mucho en los «praenotanda» de los libros litúrgicos, que son verdaderos tratados de la celebración particular. Luego trata de los modelos celebrativos. Nota con mucho entusiasmo que los nuevos libros litúrgica en su aspecto de ser el «sujeto integral». Exagera, sin duda la importancia de la liturgia occidental por la importancia que se da a la asamblea litúrgica en su aspecto de ser el «sujeto integral». Exagera, sin duda

alguna, cuando dice que esto se da en la Iglesia «por vez primera después de siglos y siglos».

La parte segunda de este volumen comienza con un interesantísimo trabajo de Enzo Lodi sobre la relación entre la enseñanza de la liturgia y la práctica de la liturgia en la comunidad de formación sacerdotal. Es tan urgente esto, que pienso que no habrá verdadera renovación litúrgica hasta que no se logre en los seminarios y centros donde se preparan los futuros sacerdotes esa relación estrechísima entre la enseñanza litúrgica y su vida intensa en sus verdaderas celebraciones. Son varios los documentos de la Sede Apostólica exigiendo esto. Pero se ha hecho caso omiso por parte de profesores de liturgia y de responsables en la formación de los futuros sacerdotes. El Autor llega a decir: «Ningún documento ni ninguna reforma podrá alcanzar su finalidad si no es asimilada en su espíritu, más aún que en sus formas disciplinares. La reforma litúrgica está sobre todo en las manos de la nueva generación de pastores que se está preparando en nuestros institutos y seminarios». Esa es la gravísima responsabilidad del momento presente. Las dos cosas son muy necesarias: formas disciplinares y el espíritu que las anima. Pero en muchos casos se da precisamente todo lo contrario.

La tercera parte del libro se destina a recoger una síntesis de los debates seguidos a diversas ponencias.

MANUEL GARRIDO, O. S. B.

Dionisio BOROBIO, *Ministerio sacerdotal. Ministerios laicales*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1982, 462 pp., 13 x 17.

El libro es complejo. Vuelve reiteradamente sobre los mismos temas, sin caer tampoco en la mera repetición, porque siempre propone alguna perspectiva nueva o añade ideas que completan y matizan lo dicho en otra parte. Por eso me parece una obra de comprensión un tanto difícil. El plan general es claro, pero luego el desarrollo resulta un tanto complicado. Digo esto no en tono de censura, sino para relativizar mis propios juicios, porque, dado el carácter de la obra, no sería nada extraño que se me hubiese escapado algún dato.

Empezando por lo positivo, me parece muy bien el relieve que se da a los ministerios laicales, considerados no como simple suplencia del ministro ordenado, que falta en tantas comunidades cristianas, sino como una exigencia de la vida de la Iglesia, en la cual los laicos tienen muchas cosas que hacer como enviados por Cristo y por el Espíritu Santo a través del sacramento del bautismo y de la confirmación. Sin embargo, a este respecto, noto una laguna. No se valora el ministerio laical consiguiente al matrimonio ni la función de la familia en el conjunto del ministerio eclesial. Considero también un acierto la insistencia en la vinculación entre ministerio y comunidad, así como lo que se dice sobre la ministerialidad de la Iglesia entera, la cual es, por la totalidad de su ser, sacramento universal de salvación; por esta razón la Iglesia no puede